VOLVIENDO A PENSAR

SOBRE

LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

Domingo V. Boari

CCMW

Mayo de 1994

Nota introductoria

En el último simposio presenté un trabajo donde intentaba develar algunos significados ocultos en la parábola bíblica "El hijo pródigo", centrando la interpretación alrededor de la figura del hermano obediente. Tanto el trabajo como su discusión, necesariamente breves, dejaron abiertos distintos caminos y el deseo de progresar en su recorrido.

Esta presentación se propone reabrir y ampliar la posibilidad del debate; por eso me pareció conveniente volver a exponer el trabajo en su forma original y, en una segunda parte, explicitar algunas de las ideas que lo sostienen, agregar otras y ampliar la interpretación a nuevos aspectos.

Las intervenciones de los participantes en la primera presentación no fueron polémicas, más bien sugirieron la conveniencia de profundizar en la misma dirección interpretativa. En la segunda parte se presta especial atención a los temas que surgieron de aquellas participaciones.

En 1967 Bion publicó el libro Second thoughts, cuya versión castellana se tituló Volviendo a pensar. Allí reedita artículos escritos entre 1950 y 1962. En la segunda parte realiza comentarios aclaratorios, correcciones, cambios de enfoque, etc. según la nueva perspectiva que le otorgaban "los años" transcurridos desde que había escrito aquellas páginas ahora "repensadas".

Al tomarme el atrevimiento de copiar el título castellano del libro de Bion no lo hice tanto por la semejanza de estructura de su libro y este trabajo, sino porque creo que ésta es realmente una nueva ocasión para volver a pensar entre todos sobre los significados latentes en la parábola del hijo pródigo.

Primera parte

EL SUFRIMIENTO DEL HERMANO DEL "HIJO PRODIGO" (1)

El amor del padre

Solemos decir que el superyó es "el heredero del complejo de Edipo", o que es consecuencia de "un largo período de dependencia infantil", pero es posible que el uso cotidiano desdibuje lentamente las implicancias de estos asertos.

¿Qué queremos decir, por ejemplo, cuando afirmamos que el ser humano procura obtener el amor de su superyó?

Recuperar las historias condensadas en estas afirmaciones "taquigráficas" podría conducirnos a recobrar en lo inconciente el significado de los diferentes matices, estilos y técnicas para superar, tramitar o tratar de evitar el sentrmiento de culpa, una de las mayores fuentes del sufrimiento humano.

El superyó, que puede ser descripto como una instancia critica que nos observa y nos juzga no suele tener ese carácter impersonal que podría parecer cuando hablamos en términos metapsicológicos. Por el contrario, suele "encarnarse" en alguien que cobra para nosotros una importancia vital. Muchas veces le hemos escuchado decir a Chiozza que un personaje "real" de nuestras vidas deviene para nosotros el juez a cuyo cargo está el expediente en el que se sustancia nuestro juiél depende, aunque él no lo sepa, nuestro bienestar. Una mirada, una sonrisa, un gesto de aprobación de su parte, soliviantan nuestro espiritu, impulsan nuestro entusiasmo, dilatan nuestro corazón. Un gesto adusto, una sonrisa dirigida a otro, o su indiferencia llenan nuestro ánimo de penosa zozobra, nos inunda la inquietud y el desasosiego. Nos sentimos a un paso de ser condenados y, en cierto modo, nos trasformamos de supuestos examinados en examinadores reales e im-

¹ El diccionario de la R.A.E (1992) "Pródigo, ga. adj: Dícese de la persona que desperdicia y consume su hacienda en gastos inútiles, sin medida ni razón." El diccionario Larousse (1972), por su parte, define pródigo como "Malgastador, manirroto, disipador. Muy generoso. Que desprecia la vida u otra cosa." También agrega: "Hijo pródigo: Joven que regresa a su familia después de una larga ausencia y mala vida."

placables, atentos al gesto más insignificante en procura de inferir algún signo que delate su próxima sentencia.

En nuestra vida, vivida para ese personaje, intentamos de mil modos obtener su amor. Ensayamos todas las técnicas posibles, pero solemos aferrarnos a aquella que alguna vez, en la infancia, sentimos que nos ha dado buen resultado. La seducción, la extorsión melancólica, el reclamo, el sometimiento, la obediencia...

Sobre la obediencia

Chiozza (1984, citado por Schupack, 1993) plantea que "la obediencia tiene tres fases. Una automática, la fase de la dependencia. Frente a la dependencia se obedece automáticamente sin conflicto. Es como respirar. Una segunda fase: la obediencia propiamente dicha. Se podría no obedecer pero todavía se obedece. Esto es lo que generalmente se siente como obedecer y engendra un cierto malestar. Se delega la iniciativa en los padres porque se reconoce su autoridad y se šiguen los pasos que ellos marcan. Y la tercera es la obediencia "de vuelta", la más dura: el respeto que surge cuando el haber sido obediente mostró que papá y mamá tenían razón."

Me parece posible pensar que como ocurre con tantas otros aspectos de nuestra personalidad estas fases de la obediencia coexistan en cada uno de nosotros en distinta proporción, proporción que además varía en diferentes momentos de nuestras vidas de acuerdo a los naturales vaivenes de sucesivos progresos y retrocesos en nuestra madurez.

En este sentido quizás sólo con una parte de nosotros mismos alcancemos la tercera fase de la obediencia y, en mayor o menor medida, nos encontremos sumidos en la obediencia conflictiva, la que genera malestar.

Un sufrimiento auténtico

En la parábola bíblica "el hijo pródigo", además del padre y el hijo, aparece otro personaje, -casualmente el "tercero"- que nos ofrece un rico material para reflexionar, en términos de historias, sobre la obediencia y la búsqueda del amor paterno.

Repasemos el relato biblico:

"Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: padre, dame la parte de la propiedad que me corresponde. Y entonces el padre la repartió entre ellos. Poco días después, el hijo menor reunió todo lo que tenía, partió a un lugar lejano y allí malgastó su dinero en una vida desordenada. Cuando lo gastó todo sobrevino en esa región una escasez grande y comenzó a pasar necesidad. Entonces se puso al servicio de un habitante de ese lugar que lo envió a sus campos a cuidar cerdos. Hubiera deseado llenarse el estómago con la comida que le daban a los cerdos, pero nadie le daba nada.

Entonces se puso a pensar: ¿Cuántos trabajadores de mi pa-/dre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre? Voy a partir, volveré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra Dios y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo, tratame como a uno de tus siervos. Partió pues de vuelta donde su padre.

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión, corrió a echarse a su cuello y lo abrazó. Entonces
el hijo le dijo: Padre, pequé contra Dios y contra ti;
ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre le dijo a
sus servidores: Rápido, tráingale la mejor ropa póngansela, colóquenle un anillo en los dedos y zapatos en los
pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo, comamos y
alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha
vuelto a la vida, estaba perdido y lo he encontrado. Y se
pusieron a celebrar la fiesta.

"El hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver llegó cerca de la casa oyó la música y el baile. Llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba todo eso. Este le dijo: Tu hermano está de vuelta y tu padre mandó a matar el ternero gordo, por haberlo recobrado con buena salud. El hijo mayor se enojó y no quiso entrar.

Entonces el padre salió a rogarle. Pero él contestó a su padre: 'Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos; pero llega ese hijo tuyo, después de haber gastado tu dinero con prostitutas y para él haces matar el ternero gordo'.

El padre le dijo: 'Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero había que hacer fiesta y alegrarse, puesto que tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado'" Hasta aquí, la alegoría biblica. Cuando la relei para estas reflexiones tomé conciencia de que siempre había dado por seguro que el hijo, ante los ruegos de su padre, finalmente entró a la fiesta. Un hijo tan "obediente" como él ¿hubiera podido hacer otra cosa? No nos resulta difícil imaginárnos lo ahí, en la fiesta del hermano. Sumido en un sufrimiento intolerable. Atormentado, desgarrado por dentro: queriendo, otra vez, ser obediente, y al mismo tiempo, conteniendo a duras penas su rabía, su rencor, su sentimiento de ser víctima de un trato injusto e incomprensible.

Para el hijo, efectivamente es un trato injusto. Siente que ama al padre. Está pendiente de él, hace todo lo que piensa que lo alegrará. ¿Por qué entonces esa preferencia, irritante y odiosa, por el hermano?

El amor como premio

Es evidente que lo que el hijo llama amor es, en realidad, la forma "pasiva" del amor. Es sí una búsqueda activa, pero de meta pasiva: desea, procura, reclama ser amado por el padre.

Todos en nuestra vida hemos tenido, de un modo u otro, la experiencia de ser amados. Pero no siempre el amor nos ha sido dado de la misma manera, o no siempre lo hemos recibido de la misma manera. El amor, cuando se lo siente recibido como premio genera en primer lugar una vivencia de éxito y una vivencia de confianza en las propias fuerzas: si se pierde, es posible intentar algo para recuperarlo (Schupack, 1993). Pero genera también la vivencia de merecimiento, y la vivencia de que cada merecimiento debe necesariamente ser premiado, porque fue hecho para eso. La acción pierde entonces su primigenio sentido: deja de ser un medio para modificar la realidad, se transforma en un medio para obtener el reconocimiento y el premio.

Suele ocurrir, además -o precisamente por eso-, que quien recibe y quien otorga el premio tienen un diferente criterio acerca de lo que debe o no ser premiado. "El que premia", que es finalmente quien decide, es investido entonces de una capacidad omnipotente, siempre puede premiar y sólo de él depende hacerlo. El premio deviene así una "prueba de amor".

Más allá de circunstanciales alegrías que puede brindar el amor recibido con este significado, "el obediente" vive siem-

pre en la zozobra, oprimido por el temor de equivocarse, bajo la amenaza constante de perder el amor. Además, como ocurre con los logros obtenidos por extorsión melancólica (Chiozza y col, 1983), si "el obediente" obtiene el premio y la justicia que pretende, siente, aunque no sepa por qué, que su merecimiento no es auténtico y, en una vuelta de espiral, se incrementan la culpa, los celos, el malestar.

Los beneficios de "el obediente"

La obediencia que, como vimos, en su primera fase nació de la dependencia, testimonia que esa dependencia perdura. Como suele decir Chiozza, se paga con la impotencia el beneficio de la irresponsabilidad. Si esto se aceptara plenamente, las cuentas estarian saldadas.

Pero, como ocurre con el hermano del hijo pródigo, "el obediente" suele exigir que el premio del amor se otorgue según su propio criterio. Así pretende ser, al mismo tiempo, el "dependiente" que debe recibir y el "responsable" de tomar la decisión porque sabe a quién se debe premiar.

De este modo, cuando nos sentimos víctimas de un trato arbitrario, solemos transformarnos en victimarios. Atribuimos a un personaje el papel de juez que sustancie nuestro juicio, para exigirle luego que nos juzgue según nuestro criterio, so pena de atormentarlo con nuestro reclamo de justicia.

En la supuesta inmadurez que nos impide acceder a la tercera fase de la obediencia, operaría un pensamiento semejante al del niño en el triángulo edipico, de acuerdo a lo que describe Chiozza en "El falso privilegio del padre...". También aquí habría una "deficiencia" judicativa al servicio de una fantasía optativa.² En este caso, "renunciamos" a la capacidad de establecer una adecuada y operativa disociación eldético-material no en relación con la figura materna sino con la figura paterna: no hacemos la distinción entre ese padre, "de carne y hueso", y lo que es su función, representar una Ley que en realidad lo trasciende. Dicho de otra manera, "el obediente" que estamos describiendo, no puede distinguir, en

² Chiozza (1967) afirma que en el complejo de Edipo el hijo recurre a un pensamiento primitivo, al servicio de justificar su deseo edipico, que le impide distinguir en un mismo objeto material dos funciones ideales diferentes: madre y esposa. De acuerdo a esto se siente victima de un trato injusto porque entiende que el padre le prohibe lo que él mismo realiza.

la Ley, la "letra", del "espíritu". Y paradójicamente, cuanto más estrictamente se ciñe a la letra, más se aleja de conocer el sentido, el "más allá de las palabras" donde reside el espíritu de la Ley.

La obediencia como resistencia

Cuando un "obediente" como el que describimos recurre al análisis, es natural que repita el mecanismo de su padecer: viene para que le ayudemos a obtener lo que no ha conseguido, según él, debido a una injusticia.

¿Cómo se le "hace entender" a un "obediente" que su modo de obediencia es insuficiente como sistema, sin que trate de entender y corregir "obedientemente" sus "errores" y reclamarnos luego que no le damos lo que "en justicia" le corresponde?

Del mismo modo que en el caso del falso privilegio del padre, no se trata solamente de la dificultad de acceder a un metanivel de "pensamiento" que posibilite superar la paradoja implicita en la pregunta anterior. Posiblemente la verdadera dificultad resida en que acceder al nuevo nivel implica aceptar la desilusión y el dolor de un error trágico: procurando ser "obediente", ser "un hijo ejemplar", para conseguir la fortaleza (confundida con la preferencia y el premio) sólo se consiguió permanecer en la debilidad y la impotencia hijo-niño inmaduro. Acceder al nuevo nivel requeriría entonces, a partir del dolor, aceptar la realidad y sus diferencias y, según cada circunstancia, transitar uno u otro de dos caminos igualmente difíciles: reconocer la dependencia propia y asumir con autenticidad la obediencia cuando es a otro a quien le compete decidir; y asumir, cuando corresponda, la responsabilidad de la decisión y el riesgo de someterse, sin "intermediarios", a las sentencias inapelables de "la Realidad", juez imparcial y único de una Justicia insobornable.

¿Podrá, por ejemplo, el hermano del hijo pródigo aceptar el dolor que implica comprender que su padre no se alegra por el mero retorno de su hijo "preferido"? ¿Podrá comprender que la alegría más auténtica del padre surge porque "sabe" que su hijo no está de vuelta de un mero país lejano, está "de vuelta", en cambio, del aprendizaje doloroso de que la realidad no tiene "preferencias", no premia, ni castiga, sino que la realidad sólo apremia?

Segunda parte

VOLVIENDO A PENSAR

Legitimidad de una interpretación

Una parábola es una "narración de un suceso fingido, de que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral" (RAE, 1992).

La parábola del hijo pródigo es una de las llamadas "tres parábolas de la misericordía", parábolas cuyo mensaje Jesucristo explicita sintéticamente diciendo: .. "habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que cambia su corazón y su vida que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse".

Si esta parábola fue creada por Jesucristo en el contexto particular de la enseñanza de su doctrina, les licito extraterla de su contexto original y darle una interpretación diferente?

De las muchas parábolas que utilizó Jesucristo la del hijo pródigo es sin duda la más famosa, no sólo para los feligreses cristianos, sino también entre quienes no conocen la doctrina de Cristo. Si su fama trascendió el ámbito donde tuvo origen es porque su significado, universal y recurrente, vigente hoy como hace dos mil años, se enraiza en un núcleo de significación inconciente que no hemos terminado de descifrar.

Pierde importancia entonces que al interpretar la parábola desde una perspectiva psicoanalitica se la recorte de su contexto original, porque ella misma, con su riqueza de significaciones latentes, ya había cobrado "vida propia" y nos aguijonea para que no cejemos en el intento de procurarnos el alivio que brinda el comprender.

La obediencia y el superyó

Como sabemos el superyó subroga la voces de los mayores en el interior del yo, de modo que el yo obedece a los mandatos del superyó como antes a los padres. La relación entre superyó, en tanto conciencia moral, y la obediencia fue recientemente

subrayada entre nosotros por G. Chiozza, Gavechesky y Karamanian (1993) en un trabajo donde a la conocida vinculación entre el superyó y la función auditiva se le agrega el aporte de la etimología, según la cual obedecer proviene de ob-audire, compuesto de audire, oir.

Estas vinculaciones permiten pensar que los tres pasos de la obediencia señalados por Chiozza corresponden a una descripción metahistórica de lo que desde la metapsicología se describe como constitución del superyó en una existencia individual.

Es necesario tener en cuenta que la cita de Chiozza acerca de la obediencia está tomada de una intervención realizada públicamente en el curso de una reunión de intercambio científico y parece tener el valor de un esquema de trazos gruesos al modo de una reflexión en voz alta. El tema del superyó posee, en cambio, un amplisimo desarrollo en la literatura freudiana y psicoanalítica. La comparación entre fases de la obediencia y evolución del superyó se ve limitada entonces porque uno de sus términos es sólo esquemático. Tiene sin embargo el valor de explicitar un poco más el significado de las palabras de Freud (1940a) cuando afirma: "Los detalles del vinculo entre el yo y el superyó se vuelven por completo inteligibles reconduciéndolos a la relación del niño pequeño con sus progenitores".

Cabe también hacer la salvedad de que al hablar de "fases" o "períodos" no se hace referencia a tiempos necesariamente sucesivos y cronológicos. Se trata sobre todo del significado que adquieren los vínculos en distintos momentos, o sea, hablamos de los tiempos de la significación.

Si, de todos modos, el modelo evolutivo presta alguna utilidad y se piensa en estas fases vinculándolas a lapsos cronológicos, debemos pensar que se trata de etapas de predominio no excluyente de un significado sobre otro.

1.- Freud (1940a) considera que la existencia de un largo periodo de dependencia infantil parece ser una condición nece-

³ No es que se niegue la importancia de la existencia de un superyó heredado. Sin embargo, la observación resulta más fácil en el proceso individual actual. Por otra parte, si el proceso actual e individual repite de algún modo el proceso heredado y universal, en la esencia de su significado uno y otro procesos deben coincidir.

saria y suficiente para la constitución del superyó. Subrayemos que esta dependencia no equivale al superyó, es su condición.

Este periodo provoca la ligazón libidinosa al objeto del cual se depende, ligazón que se expresa tanto en el vinculo erótico como en la identificación (Freud, 1921c).

Del mismo modo, en la descripción de Chiozza, la obediencia primitiva no es estrictamente una obediencia, es un primer paso. Diriamos que a la obediencia automática de la fase de dependencia la llamamos obediencia sólo retrospectivamente, por nuestra comprensión a posteriori de su futuro desenlace: su transformación en obediencia propiamente dicha.

En el periodo de mayor indefensión del ser humano -condición de un futuro superyó y fase de dependencia y obediencia sin conflicto- confluyen la necesidad y el amor, Ananké y Eros. Así, obedecer posee en un mismo acto el doble significado de ser una forma de obtener y una forma de amar.

2.- El periodo edipico y el paulatino progreso que lieva a la instauración del superyó puede considerarse el segundo periodo, conflictivo y tormentoso, etapa durante la cual superyó y figura paterna concreta se confunden y se diferencian en el vaivén de un largo proceso elaborativo.

A medida que disminuye la indefensión divergen las direcciones de las mociones pulsionales. Según sea el esquema que nos resulte útil aplicar para comprender determinado fenómeno, podemos imaginar que entran en conflicto las inclinaciones de la libido de objeto (una hacia el padre, otra hacia la madre), o las tendencias de la libido de objeto y de la libido narcisista (una quiere el amor de la madre, la otra pretende conservar el pene), o chocan los intereses yoicos con las mociones libidinosos, etc. De acuerdo al llamado esquema estructural del aparato psíquico, el yo "comienza" a padecer un nuevo vasallaje, su subordinación al superyó.

⁴ Al modo de una disgresión, me parece interesante trascribir completa la cita de Freud (1940a): "Este esquema general del aparato psíquico habrá de considerarse válido también para los animales superiores, semejantes al hombre en lo anímico. Cabe suponer un superyó siempre que exista un período prolongado de dependencia infantil, como en el ser humano. Y es inevitable suponer una separación del yo y ello. La psicología animal no ha abordado todavía la interesante tarea que esto le plantea."

Este sería el periodo que Chiozza llama de la obediencia propiamente dicha, la obediencia conflictiva, porque es posible desobedecer, y al mismo tiempo que se desea obedecer por amor al padre, los impulsos autoafirmativos empujan a la rebeldía.

3.- El adecuado sepultamiento del complejo de Edipo lleva a la definitiva sustitución del padre por una imago interna, coherente y bien consolidada como norma limitante que contiene y protege. Este superyó maduro, protector y continente, se conforma a partir de la experiencia de confianza del hijo para con sus mayores y de la actitud cariñosa, firme y cuidadosa de ellos, que retroalimenta la confianza infantil. La protección del superyó y la confianza del yo se copertenecen.

El superyò se constituye en el representante interno de una Ley universal, dura tal vez, pero que hermana, tutela y ampara.

Acceder a esta forma de superyó "impersonal" parece equivalente a alcanzar la tercera fase de la obediencia, señalada por Chiozza. Corresponde a una obediencia a la que no se la siente como tal y no es conflictiva, ya que en realidad no se trata de obedecer a "la voz de un otro". El mandato demostró no ser un mero capricho, por el contrario resultó útil y conviene seguirlo. Deviene una Ley que está más allá del padre y desaparece el conflicto con él.

Nos centraremos ahora en la obediencia propiamente dicha. Como dijimos, la primera y la tercera fases no se experimentan subjetivamente como obediencia y reciben ese nombre sólo por analogía o, si se quiere, por motivos "genéticos". Una, porque da origen o precede a la obediencia y la otra porque la sucede.

En cambio, la obediencia de la segunda fase no sólo es la obediencia propiamente dicha, sino que además es necesariamente conflictiva. Si el yo necesita escuchar "la voz de los padres" es porque él mismo tiene una tendencia opuesta y se siente inclinado a realizarla desoyendo aquella voz.

Digámoslo de otra manera. Si tenemos en cuenta que nuestro vinculo con los llamados objetos externos siempre está mediado por representaciones, debemos pensar que toda vez que obedecemos, en última instancia, obedecemos al super-yó, es decir a un "yo" que, disociado, obliga al yo a cumplir con algo que él siente como mandato porque no le resulta del todo acorde a sus sentimientos o propósitos.

c) Sumisión y sometimiento son variantes de una misma palabra. Ambos provienen del prefijo "sub" (cuyo significado propio es "bajo" o "debajo de", RAE, 1992) y del verbo latino "mitto, mittere", que se traduce por "enviar", "transmitir", "hacer ir". Literalmente, entonces, sumisión y sometimiento designan la acción y el efecto de "enviar, hacer ir debajo de". Tanto por su origen como por los significados que consigna el diccionario ambos vocablos son sinónimos.

Sin embargo, el uso psicoanalítico de estos términos marca importantes diferencias que conviene recalcar.

Chiozza y Obstfeld (1991), al estudiar el significado de la patología diabética, sostienen que las palabras sumisión y sumiso refieren a la actitud surgida del reconocimiento de una carencia de medios para la lucha y al afecto asociado a ese reconocimiento.

> "Sabemos que una actitud de sumisión" -dicen los autores- "tiende a provocar, en algunas especies animales, la inhibición del agresor aun durante la lucha; lucha que se ejerce, por lo general, en torno a una propiedad, sea alimento, territorio, objeto sexual o protección de la prole. De modo que, desde este punto de vista, la sumisión equivale a un reconocimiento de la impropiedad.

Podemos suponer que el afecto que denominamos sumisión, (otrora un acto motor justificado para brevivir en ciertas circunstancias, exhibiendo una debilidad), corresponde al sentimiento de impropiedad de los bienes, (sentimiento nacido de la carencia de los medios para obtener o mantener esos bienes mediante la lucha)."

En sus acepciones principales el diccionario de la RAE define: "Sumiso: Adj: obediente, subordinado./ 2 Rendido, subyugado."

[&]quot;Sumisión: sometimiento de unas personas a otras./ 2. sometimiento del juicio de uno al de otro./ "

[&]quot;Sometimiento: Acción y efecto de someter o someterse."

Sujetar, humillar a una persona, tropa o facción./ 2. Conquistar, subyugar, pacificar un pueblo, provincia, etc./ 3. Subordinar el juicio, decisión o afecto propios al de otra persona./ Etc.

Dado que el valor preciado no es la debilidad, sino la fortaleza, no suele apreciarse lo suficiente la importancia que tiene el reconocimiento de una debilidad, reconocimiento que induce a una sumisión acorde a fines. Quizás por este motivo el calificativo "sumiso" tiene un valor un tanto ambiguo: a veces es elogioso, a veces meramente descriptivo, y, algunas veces, despectivo.

Sometimiento y sometido por su parte, suelen usarse en psicoanálisis para hacer referencia a una conducta patológica
vinculada al sadomasoquismo. El uso de estos vocablos suelen
subrayar el placer sádico del que, ejerciendo un dominio
erótico, "se pone por encima", y el placer masoquista del que
se somete. El sometimiento parece entonces la erotización
sadomasoquista de la sumisión, de modo que se acompaña de un
goce erótico pregenital, habitualmente homosexual, goce adicional que la sumisión normal no debería incluir. Este es el
significado que le asigna Garma en su obra al sometimiento
masoquista del yo a un superyó cruel. De estas significaciones obtendría la fuerza ofensiva el calificativo de
"sometido".

La distinción nítida entre sumisión y sometimiento es conceptual. La observación clínica nos muestra que pueden amalgamarse en diferentes proporciones.

d) Rebeldia deriva de la palabra latina bellum que significa guerra, lucha, combate.

La rebeldía es la contracara del sometimiento y conlleva, como él, una ligazón erótica directa. Pertenece por entero al complejo de Edipo y está signada por la ambivalencia.

Es común observar que el sometido, mientras imagina el placer de su victimario, masculla entre dientes, y sueña con ser él quien un dia podrá ejercer el poder, para gozar lo que imagina en el otro. Aspira invertir la situación.

El rebelde procura llevar a la acción estas aspiraciones, pero su intento está condenado al fracaso, porque aun cuando logre imponerse sobre su rival, no hallará la satisfacción que lo calme. Hallará en cambio un goce parcial pregenital, equivalente al que le brindaba el sometimiento, perpetuando la ligazón erótica sadomasoquista. Ocurre que sólo se ha producido un cambio de roles en la escena, pero la escena misma no cambia su significación.

Dicho de otro modo, el sometimiento y la rebeldía son, respectivamente, las formas melancólica y maníaca de tramitar un mismo conflicto.

La relación transferencial nos brinda un campo de observación privilegiado que nos permite comprender la equivalencia de significación del sometimiento y la rebeldia: el sometimiento constante como forma privilegiada de resistencia podemos experimentarlo como una forma tenaz de rebeldia pasiva. Del mismo modo la rebeldia persistente e inmodificada por años denuncia el sometimiento que la sostiene.

Sin embargo, la rebeldia puede significar también un escarceo tentativo, un modo de probar fuerzas, a la manera de un ensayo o juego que podría ser útil dentro del proceso elaborativo de la rivalidad edipica, en la medida que no se tiña en exceso de los significados sadomasoquistas descriptos. Resulta aqui muy importante señalar que el significado se configura en el vinculo. Un padre (o un analista) que, inseguro respecto de sus propias fuerzas, reprime la rebeldia tentativa de su hijo, contribuye a que ésta alcance un significado sadomasoquista.

Quizás convenga diferenciar el rebelde con el promotor de cambios. El promotor de cambios, el revolucionario auténtico, es el que ha descubierto un valor que considera superior al que impera en ese momento. La diferencia esencial reside en que el rebelde quiere derrotar a su rival, triunfar sobre él. Al promotor de cambios no le interesa el triunfo. Está convencido de la conveniencia de la transformación y quiere conquistar al otro para su causa.

⁶ Una de las escenas que mejor condensa este significado la encontramos en la rebeldía del homosexual que se cree independiente por discutir todo y todo el tiempo con su madre con la que permanece conviviendo y peleando durante décadas.

⁷ En este sentido una analista podría interpretar toda resistencia como rebeldia por parte del paciente, olvidado que sin resistencia no hay análisis. Si el material que trabajamos no ofrece resistencia el producto terminado no tiene consistencia. Es como hacer un agujero en el agua. Un conflicto semejante pero "resuelto" a la inversa ocurre cuando un padre (o un analista), desde su propio sometimiento, promueve la rebeldía del hijo, dando así curso a su propio deseo no reconocido. (Cf. Racker, 1954)

La obediencia como método: Sus significados.

Si bien los significados de "la obediencia" del hermano del hijo pródigo pueden emparentarse con los de la dependencia neurótica, la docilidad crónica, la sumisión, el sometimiento, etc., parece útil subrayar un matiz particular, específico, propio de esta conducta.

"El obediente" que describimos en la interpretación de la parábola no es estrictamente un sometido, porque no imaginamos en él el goce masoquista que, según decíamos, parece caracterizar al sometimiento.

Tampoco es un sumiso, en la medida que consideramos la sumisión como una actitud adecuada a fines. De la misma manera, no es un dócil, porque, efectivamente, no aprende.

En realidad, tampoco es un obediente en ninguno de los tres sentidos que puede tener la obediencia en las distintas fases que describe Chiozza, fases que, como vimos, son naturales, necesarias y saludables.

"El obediente" que describimos usa la obediencia como método para obtener el premio de la preferencia.

Transformada en "método" la obediencia pervierte su sentido. Ya no es una expresión de la confianza y el amor del hijo por el padre. Es, en cambio, un procedimiento para arrancarle al padre el amor. "El obediente" espera que, como premio final, se lo declare "ejemplar". Pero el resultado que obtiene muestra la deshonestidad de su búsqueda porque procurando ser declarado el "hijo ejemplar", ni siquiera consigue "seguir el ejemplo", porque el obediente no espeja las cualidades paternas, es más bien una pobre caricatura.

Por su intención esta "obediencia" parece emparentarse con el servilismo y la obsecuencia.

El servilismo (palabra vinculada etimológicamente a servir, servicio, servil y servicial) es una "ciega y baja adhesión a la autoridad de uno" (RAE, 1992). El significado de "servir" nos lleva a pensar que el servilismo está más vinculado con "actos de servicio" realizados por un siervo a cambio de una protección brindada por quien es servido.

Para definir obsecuencia y obsecuente el diccionario (RAE, 1992) sólo consigna sinónimos aproximados. Obsecuencia "Sumisión, amabilidad, condescendencia" Obsecuente:

"Obediente, rendido, sumiso." Etimológicamente deriva de ob y sequor, "seguir". Pero no todo "seguidor" es un obsecuente. No se es obsecuente por seguir las ideas de otros, sino por el modo de hacerlo. Obsecuente sería el sigue el criterio de otro de una manera torpe, irracional y necia y con la intención de demostrar adhesión para obtener algún tipo de beneficio.

Servilismo y obsecuencia serían formas reactivas, y en ese sentido espurias y deshonestas de obtener beneficios "del poderoso". En estas actitudes se amalgamarían en diferente proporción intereses egoistas y mociones eróticas de carácter pasivo.

El premio y el apremio

Premio proviene del latín praemium que propiamente quiere decir "botin", "despojo" (Corominas, 1990). Significa también "prerrogativa", "beneficio" y finalmente "premio", "recompensa" (Spes, 1958).

Lo interesante es que en latin praemium es un compuesto de prae y emo (Blanquez, 1975). Emo, de origen oscuro, significa "comprar", "adquirir los derechos".

En el caso la palabra pre-mio (prae-emo) el significado habitual del prefijo "pre" -anterioridad local o temporal (RAE, 1992) - induce a pensar que no se trata de que antes se hicieron los méritos y ahora se obtienen los derechos. Por el contrario parece que convoca la significación de haber obtenido algo antes de haber hecho todo lo necesario para conseguirlo. Dicho de otro modo, premio querría decir "obtener sin comprar", significado implícito en la acepción más propia de praemium, que, como dijimos, es "botín", "despojo".

En castellano "comprar" deriva del latín com-parare -cotejar, adquirir- y en ese sentido "comprar" implicaría una comparación y una igualación entre lo que se recibe y lo que se da. En cambio, en la significación de premio estaría implícito que no existe esa comparación.

El caso de un premio obtenido en una rifa o en la lotería avalaría esta interpretación. Quien gana el premio recibe, mediante un pequeño gasto, un beneficio no proporcionado a lo que él puso. Obtiene, gracias al azar, el beneficio del esfuerzo de todos los que jugaron.

Premio también se llama al galardón que se da debido a algún mérito, como es el caso del Premio Nobel. Más allá de lo merecido que pueda ser, es posible pensar que al utilizar el término premio esté implicito que lo que así se obtiene es una gratificación adicional, inesperada y no buscada. En ese sentido es algo que no se puede comprar, porque no se pretende comparar lo hecho, con el premio obtenido. Tal comparación no es pertinente, ya que la verdadera gratificación que compensa el esfuerzo realizado, la gratificación buscada y ya obtenida, es el haber alcanzado el resultado que se perseguía.

Recompensa y compensación provienen del latín compenso-are que significa pesar juntamente dos cosas hasta igualarlas. Implica entonces la idea de equidad entre lo que se recibe y lo que se da, lo mismo que, como vimos, ocurre con el verbo comprar. Regalar, en cambio, es "dar a uno, sin recibir nada a cambio...".

El psicoanálisis nos dice que el sentido último de la acción es cancelar la estimulación en la fuente pulsional. En este sentido no importan los esfuerzos y las penurias del camino si se alcanzá la meta. El resultado compensa y, como se dice, "lo hecho valió la pena".

Cuando como consecuencia de la acción no obtenemos el resultado que compensa lo hecho, estamos en presencia del fracaso; cuando conseguimos la meta, frente al éxito. Sin embargo, como decia Freud (1924c), es muy dificil no concebir las fuerzas del Destino o de la Naturaleza como una pareja de progenitores. Así, inmersos como estamos en mayor o menor medida en el complejo de Edipo, es muy frecuente vivir los fracasos como castigos y los éxitos como premios.

Con respecto a la etimología de **apremio** hay dos criterios. Según el diccionario de la RAE (1992) proviene del latin *premere*, "oprimir", "apretar". De acuerdo a esto, las palabras "premio" y "apremio" no estarían emparentadas.

Para Corominas (1990), en cambio, **apremio**, en último término sería, igual que premio, un derivado de *praemium* ("botín", "despojo"); pero "apremio", además, estaría influido semánticamente por el sentido de *premere*, "oprimir".

De acuerdo a este último criterio, apremiar aludiría a "despojar oprimiendo para obtener un premio o botín". De acuerdo al primero, "apremiar" sería "oprimir".

Sea como fuere, como decía en otro contexto (Boari, 1993), "Cuando se piensa en la expresión apremio de la vida suele hacerse referencia a las exigencias de la realidad exterior. Sin embargo lo que apremia es "la vida", no el objeto externo. Una piedra que se despeña no le exige a otra más pequeña que se retire de su camino. Tampoco se lo exige al animal. Si un animal está urgido a dejar su apacible comodidad y retirarse presuroso es porque "desde su interior" se ve apremiado si quiere conservar la vida."

No nos apremia, entonces, la realidad "exterior". Nos apremia la vida que llevamos "dentro", es decir, las pulsiones. Y ahí, justo donde no podemos satisfacerlas, se nos impone la realidad como alguien que nos apremia y nos oprime; nos despoja de eso que anhelamos, pero no podemos alcanzar. La realidad -como suele decir Chiozza- es lo que se opone a nuestros deseos.

El superyó y la realidad

/3

Como vimos, la indefensión del bebé para enfrentar el "apremio de la vida" es solventada por el cuidado de los progenitores, y esta dependencia genera una ligazón erótica que dará lugar al superyó.

Una parte de esta dependencia desaparece porque la asistencia paterna, identificación mediante, es suplantada por las capacidades yoicas. Es decir que el niño, paso a paso, va asumiendo directamente el encuentro con la realidad. Sin embargo, como vimos, otra parte de esa dependencia no se transforma en yo, se incorpora como ley moral, como superyó. Se configuran así los tres vasallajes del yo que destacaba Freud (1923b): hacia las pulsiones, el superyó y la realidad exterior.

Habíamos visto la relación entre superyó y obediencia. Agregaremos ahora algunas ideas sobre la relación entre el superyó y la realidad a partir de conceptos expresados por Chiozza en el último simposio.

⁸ En el simposio pasado, comentado el trabajo de Grus y col (1994) Chiozza dijo: "La única diferencia entre dañino y malo está en la intermediación de un tiempo, el tiempo que necesita el yo para descubrir el sentido de la moral". (En el contexto se entiende que "lo dañino" se concibe a partir de la relación con la realidad y "lo malo" a partir del superyó.)

Si un mandato supervoico se incorpora al yo, si un mandato está en sintonia con los designios del yo, entonces ya no es auténticamente un mandato. Es decir, ya no es super-yó, sino acorde al yo, propio del yo, es yo. Por lo tanto uno no lo experimenta como obediencia a alguien, sino como un deseo o necesidad propios, o al menos, como un camino o rodeo que conduce al objeto del deseo/necesidad. Alli donde el superyó se ha hecho yo, se termina la obediencia.

Una concepción semejante aparece en la obra de Freud. Según él, el superyó, configurado a partir de la imago de los padres, se enriquece por el influjo de otras figuras importantes adquiriendo un carácter más impersonal. "La figura última de esta serie que empieza con los progenitores" —diceres el oscuro poder del destino, que sólo los menos de nosotros podemos concebir impersonalmente". Agrega sin embargo que "..todos los que transfieren la guía del acontecer universal a la Providencia, a Dios, a Dios y la Naturaleza, son sospechosos de sentir a estos poderes, no obstante ser losmás exteriores y los más remotos, como si fueran una pareja de progenitores —vale decir mitológicamente— y de creerse enlazados con ellos por ligazones libidinosas" (Freud, 1924c).

Dicho de otro modo, a medida que el yo comprende el sentido de la moral -si bien es un proceso que no termina nunca de completarse-, la moral llega a ser el "oscuro poder del destino", concebido impersonalmente. A eso otro "externo", que no nos lo imaginamos como una "persona" y que por eso no le atribuimos intenciones, lo llamamos la realidad.

En el proceso de transformación que describimos, la confianza en los padres deviene creencia y la moral, realidad. Si tenemos en cuenta que se trata siempre de representaciones o "mapas", podemos decir que la moral es un mapa que se traza

Agregó que la moral no necesita pasar por la prueba de realidad para ser válida. "La moral justamente es moral puesto que se la acepta por incorporación, por la confianza que el sujeto tiene en las autoridades que le brindan contención."

Concluyó que "la diferencia entre moral y realidad, o desde otro punto de vista entre superyó y yo, es una diferencia temporal. Es decir, el yo es actual, el superyó es un proyecto provisorio que de alguna manera contiene normas que determinarán la constitución del yo." Del mismo modo, "la moral es lo real diferido en el tiempo".

Esta parte del trabajo intenta interpretar estas ideas y aplicarlas a la comprensión del tema que me ocupa.

sobre la confianza y la realidad es otro, más inconciente, que se traza sobre las creencias.

Si el superyó es en última instancia una concepción antropomórfica o mitológica de la realidad, entonces no hay ante quien sentir culpa. La culpa se nos revela como nacida de una defensa que nos permite concebir como pecado -pasible de perdón-, lo que en realidad fue un error o una incapacidad que el perdón no puede solucionar. Más allá de la culpa, nos encontramos con el puro, simple y descarnado dolor de no poder (Boari, 1992).

En el ámbito del Derecho romano se acuñó la sentencia: "dura Lex, sed Lex", "la Ley es dura, pero es la Ley". Los romanos, cuyo Derecho es uno de los más famosos de la Historia, demostraban saber que la ley más dura no es la que proviene del capricho momentáneo del legislador o el juez. Estaban convencidos de que la Ley no es dura por el sólo hecho de ser ley. Es dura porque espeja la Realidad, que se opone a nuestros deseos de un modo mucho más inexorable y mucho más duroque cualquier ley.

Cuando hablamos del "juicio inapelable de la realidad" (Cf. pág.9) que "juzga" nuestras acciones y "las premia o castiga" en base "a los resultados y no a los esfuerzos" (Cf. Chiozza y col, 1983), nuestro lenguaje metafórico delata que el origen moral de la concepción de lo real deja su marca indeleble.

La concordancia y la complementariedad de "el que premia" y "el obediente".

Si, como vimos, "la obediencia" es un método para conseguir de otro un premio y sobre todo el premio del amor, "el obediente" es sólo uno de los dos polos de una relación vincular en cuyo extremo opuesto se encuentra "el que premia". 10

⁹ Hace unos años asistí a una ceremonia religiosa. El anciano cura que la oficiaba, en su sermón, hacía referencia a la promiscuidad sexual actual, la relacionaba con el SIDA y, sentencioso, concluía: "¡Cuidado!".. "Dios perdona, la naturaleza no". Más allá del significado amenazante que tiene en el contexto en que fue dicha, la frase, en si misma, es sabia.

¹⁰ En una nota al pie del trabajo original, ahora retirada por innecesaria, hablaba del "el obediente" y "el que premia" como objetos internos complementarios que habitan en cada uno de nosotros. La conveniencia de

"El que premia" y "el obediente" componen una misma escena, y si bien cada uno ocupa un lugar diferente, ambos personajes están inmersos en un mismo conflicto y comparten su significado. De este modo, en lo manifiesto adoptan roles complementarios, pero en lo latente concuerdan.

"El que premia", compartiendo el dolor del "obediente", lo trata como una parte de si mismo mostrando de ese modo la esperanza de ser, a su vez, un premiado.

Y más aun, procurando complacer al "obediente", "el que premia" se transforma por eso mismo en "obediente", que cumple prolijamente con su obligación de premiar para que "el obediente" no lo deje de amar.

Si este circulo de significación se consolida, así como el que obedece no puede dejar de obedecer para no perder el amor del que premia, el que premia no puede dejar de premiar para no perder el amor del "obediente".

Este vinculo circular que estamos describiendo es más común de los que parece y se presenta también en nuestro ámbito de trabajo de diversas formas.

En la tarea de formación analítica podemos encontrar al candidato "obediente" a los cánones formales, a la letra de las enseñanzas, que vive en la ilusión de recibir de sus padres-maestros, como prueba de amor, el premio del éxito profesional. El par complementario del candidato "obediente" seria el analista-maestro que de algún modo intenta premiarlo para no perder "el amor" del analista-alumno.

En el vinculo transferencial entre paciente y analista puede espejarse también esta relación circular. No es ahora al caso del paciente "obediente" cuyo analista puede evitar el ingreso en el circulo vicioso.

Hablamos, en cambio, de una relación patológica o lo que se llama un pacto neurótico, como ocurre, por ejemplo, cuando el analista asume más directamente el rol de "el obediente": como el hermano del hijo pródigo no quiere contradecir al paciente en nada que realmente importe, con la ilusión de que así no va a perder el amor del paciente o el paciente mismo.

desarrollar la idea de una relación vincular en el campo unificado de trasferencias fue sugerida por la Lic. Ana Corniglio.

Esta "obediencia" aparece bajo la forma de "temor de que el paciente se enoje" y, de un modo más encubierto, como "temor de que el paciente sufra demasiado". Cuando esto se consolida como pacto, el paciente "premia" al analista continuando el "tratamiento".

Más allá de la Misericordia y la Justicia

Comprender esta relación de concordancia y complementariedad nos permite interpretar otros aspectos de la parábola del hijo pródigo, y ver la progresiva elaboración que va haciendo/el padre a lo largo de esta historia.

Si el hijo mayor es "un obediente", el padre, en la relación con él, debe haber sido "el que premia", y en lo latente, "un obediente".

Si con el segundo hijo fue diferente es porque la vida le enseñó que la obediencia, usada como método, es ineficaz... Pero el aprendizaje no fue sin dolor.

Cuando el padre deja partir a su hijo menor, junto a la pena por el desencuentro ino comparte con él, en secreto, el goce infantil de la desobediencia y la rebeldia? Quizás la parábola nos muestre, de este modo, en el padre y en el hijo, que desobedecer tiene su precio; pero nos muestra también que quien nunca ha desobedecido es, tal vez, incapaz de comprender el sentido de la obediencia.

Si esto es así, no sólo el hijo, sino también el padre, están "de vuelta" de un largo viaje -que incluyó el pasaje por la rebeldía, el dolor y la privación-. Un viaje que por distintos caminos los condujo a convivir bajo un orden nuevo, que no es el de la Misericordia, arcaico y emocional (Areu Crespo, 1992), ni el de la Justicia, lógico-racional.

El padre que recibe y festeja el reencuentro con el hijo, simboliza que se le había adelantado y lo estaba esperando al final del camino. Conocía, porque la había transitado, la dificultad del último tramo. Temía que el hijo claudicara.

Pero no claudicó. Resignado a no merecer nada de la Justicia, mientras creia regresar en pos, al menos, de Misericordia, el hijo pródigo —como antes el padre— se encontró de golpe con que había accedido a la gracia de comprender el sentido de la ley, que es mucho más que estar bajo su yugo o eludirla obteniendo clemencia.

Bibliografía:

11

Areu Crespo, M. (1992) "El sentimiento de misericordia", presentado en el CCMW.

Blanquez, A (1975) Diccionario Latino-Español, Sopena. Barcelona, 1975.

Boari, D. (1992) "Más allá del sentimiento de culpa", presentado en el CCMW.

Boari, D. (1993) "¿Qué es lo psiquico?", presentado en el / CCMW.

Diccionario Larousse Ilustrado, Editorial Larousse, Paris, 1972

Corominas, J. (1990) Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, Ed. Gredos, Madrid, 1990.

Chiozza, G. Gavechesky y Karamanian (1993) "Algunos aspectos auditivos en el superyó, el letargo, la tentación y la obediencia", simposio de 1993, CCMW.

Chiozza, L. (1967) "El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo" en Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer, Paidós, Buenos Aires, 1978

Chiozza, L. (1983) "Acerca de la extorsión melancólica" en Psicoanálisis presente y futuro, Edición del CIMP, Buenos Aires, 1983.

Chiozza, L. (1984), Citado por Schupack, H. (1993) en "La mujer y el hombre en sus funciones materna y paterna", presentado en el CCMW.

Chiozza, L., Dayén y Salzman (1991) "Fantasía especifica de la estructura y funcionamiento óseo". Los afectos ocultos en... Alianza Editorial. Buenos Aires, 1991.

Chiozza, L. y Obstfeld (1991) "Psicoanálisis del trastorno diabético", en Los afectos ocultos en... Alianza Editorial. Buenos Aires, 1991.

Freud, S. (1921c) Psicología de las masas y análisis del yo, Obras completas, Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1987. Freud, S. (1923b) El yo y el ello, Obras completas, Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1987.

Freud, S. (1924c) "El problema económico del masoquismo", Obras completas, Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1987.

Freud, S. (1940a) Esquema del psicoanálisis, Obras completas, Amorror tu Editores. Buenos Aires, 1987.

Grus y col (1994) "Acerca del sufrimiento, lo malo y lo dañino", simposio de 1994, CCMW.

"La Biblia", Ediciones Paulinas, Madrid s/f.

Racker, H. (1954) "Técnica analítica y la manía inconciente del analísta", en Estudios sobre técnica psicoanalítica, Buenos Aires, Paidós, 1960.

RAE, (1992) Diccionario de la lengua española, Espasa Calpe, Madrid, 1992.

Schupack, H. (1993) "La mujer y el hombre en sus funciones materna y paterna", presentado en el CCMW.

Spes, (1958). Diccionario latino-castellano. Spes, Barcelona, 1958